



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Ramalazo místico

Valentín de Pedro

En su casa de París esperan a Rubén Darío -¡y con cuánta ansiedad por parte de ella!- Francisca Sánchez, y su hijito. Esta vez vuelve como si busca su amparo. Para sentirse fuerte junto a ellos. Ellos son vida de hombre y de poeta. El diplomático ha naufragado en aquel viaje, pero se ha salvado el poeta. Bien puede llegar a esta conclusión al hacer el balance de este año de 1910 que termina. Año que han celebrado el centenario de su independencia la Argentina y México. Como poeta estuvo presente, con su canto a la Argentina, en las fiestas de la nación que tanto amaba y donde inició la etapa fundamental de su sacerdocio artístico; como diplomático iba a asistir a la conmemoración mexicana. No pudo. Pero frente a su fracaso diplomático en esta desdichada aventura, se levanta su formidable triunfo de poeta en el Canto magnífico: *¡Argentina! ¡Argentina! ¡Argentina! El sonoro viento arrebató la gran voz de oro.*

Antes, su domicilio terrestre era el punto de partida hacia lejanos horizontes, y todos los mares eran camino de su aven-

tura; ahora, su aventura había terminado, y todos los caminos del mundo convergían en su hogar. Y había de vivir de las riquezas acumuladas en sus viajes anteriores, del botín de sus conquistas y descubrimientos. Mientras realizó esos viajes no le importaron fracasos, ni contrariedades, ni miserias, ni "crisis" de salud, porque todo esto era transitorio y se superponía en él una fuerza que lo lanzaba hacia la vida con todo el ímpetu de su virilidad casi agresiva. Ahora era distinto: comenzaba a sentirse desasistido de ese ímpetu. Él, que tan pródigamente había derrochado su juventud, advertía que ahora había de vivir de sus ahorros de energía. Por eso se encerraba en su casa, donde pasaba largas horas leyendo y escribiendo, en espera de que la meditación y el estudio encendiesen la hoguera de su inspiración, consolándose de la marchitez de su carne con el florecimiento de la vida del hijo. Apetecía una existencia tranquila y segura, cosa no muy fácil, pues su tranquilidad estaba siempre amenazada por sus penurias económicas. Momento propicio para lo que había de ocurrir...

Fue cuando le ofrecieron la

dirección de Mundial, revista hispanoamericana que iban a fundar en París unos banqueros uruguayos. Empresa bien respaldada económicamente, que garantizaba a Darío un ingreso seguro. Y Darío aceptó. Mundial empezó a publicarse en mayo de 1911. Para los empresarios el nombre del poeta era una garantía de éxito. Pero había que aprovechar ese éxito al máximo. Y entonces, se hizo salir al poeta de su encierro; se le sacó de él, mejor dicho. Y fueron los banquetes en París, y los viajes a España e Hispanoamérica, a tambor batiente. El poeta achacoso, decepcionado, triste, con un aire de oso descrepito, fue paseando triunfalmente por Barcelona, Madrid, Montevideo, Buenos Aires... De Buenos Aires ya no pudo seguir adelante. En la capital argentina se detuvo algún tiempo para ver si mejoraba su salud. Ya todo era inútil, y regresó a París. En la capital argentina escribió sus memorias, sus "comprimidas memorias", fechadas en septiembre-octubre de 1912, que terminan con esta frase llena de nostalgia: *"En lo íntimo de mi casa parisiense, me sonríe infantilmente un rapaz que se me pa-*

rece, y a quien yo llamo Güicho". Por cierto que esas memorias, que se publicarían luego con el título de *Autobiografía* las escribió para *Caras y Caretas* con objeto de conseguirse algún dinero, pues ganase lo que ganase siempre estaba alcanzado, y ese dinero no llegó a sus manos. Escribió esto, como otras cosas, a beneficio del secretario de turno, que desapareció con esa suma.

También en aquella ocasión dijo en Buenos Aires, donde otrora su nombre fue bandera de antihispanismo, un soneto que es como su profesión de fe hispanista: *"Yo siempre fui por alma y por cabeza / español de conciencia, obra y de-seo..."*

A su casa parisiense vuelve, junto a Francisca Sánchez y su hijo, en busca de reposo. Pero no lo encuentra. Sus males se agravan. Se vuelve irascible. Achaques sin duda de una prematura decrepitud, contra los que se revuelve furiosamente unas veces, otras místicamente. Y en esas circunstancias le llega, con mucha oportunidad, la invitación de un matrimonio mallorquín -don Juan Sureda y doña Pilar Montaner-, ella pintora, hombre de letras él, para

RAMALAZO...

Página 2

pasar una temporada en su casa de Mallorca. Su casa es la cartuja de Valldemosa, que este matrimonio ha arrendado, y donde se complacen en invitar a escritores y artistas de su predilección, entre ellos también Unamuno, que diría a propósito de Darío: "*Aquí el pobre Rubén se refugió, maltrecho y ya definitivamente vencido por el diablo amarillo, a emprender la última lucha, la desesperada*".

Al entrar el poeta con el matrimonio amigo en la habitación que para él habían alhajado, regiamente por cierto, lo primero que llamó su atención fue una baldosa en la que quedó impresa la pata de un chivo, que había pisado allí cuando la argamasa estaba blanda. Apenas verla, se volvió a sus acompañantes, diciendo:

-No han hecho ustedes más que designar este sitio para mí y ya ha pasado por aquí el diablo.

La baldosa, con su extraña marca, estaba allí, ante sus ojos, destacándose con su misterioso signo entre las demás baldosas encarnadas, lisas y bruñidas, con una fatídica advertencia, en momentos en que iba a buscar paz interior, con la voluntad de un ermitaño.

Su espíritu atormentado había entrado en una terrible crisis precursora de la noche. Y debió acordarse -al aceptar el hospitalario albergue de Valldemosa- del bienestar enefable que aquietaba el espíritu en la isla de la calma, que él llamó la Isla de Oro, y soñó en un refugio donde domar a la vida como domaba a la palabra rebelde. Había derrochado su vida. Había sido el dilapidador de su propia existencia. Gozó del vivir hecho con la mujer y el vi-

no, y con un Dios muy inmenso. Hasta el día en que las sombras empezaron a cercarlo.

He aquí que uno de los capítulos más dramáticos de la azarosa vida de Rubén Darío es el que se desarrolla en la antigua cartuja de Valldemosa. El espíritu, que ha vivido en el mundo como una partícula divina, al comprender que va a apagarse, no se conforma con la suerte de la carne mortal. En aquel maravilloso escenario de la isla paradisíaca, donde años antes pudo sentirse vivir entre las divinidades paganas, ahora esperaba encontrar a Jesucristo. Se aisló en la cartuja, pidió un confesor, llegó hasta a vestir el hábito de los callados hijos de San Bruno, y exclamó como en una oración:

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágora cristiano
la música teológica del cielo.
Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al ángel hace estremecer las alas.*

*Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablasas malas.*

Pero fue inútil que así clamara al cielo, que no en balde el diablo había dejado su huella en la habitación que le destinaron como anunciándole que también allí le esperaba.

Un día llegó a Valldemosa el pintor Anglada Camarasa, a quien el poeta conocía de antiguo, con una alegre tropa de amigos y amigas de París, en excursión de arte y placer. Dejó Darío su celda para unirse momentáneamente a ellos, y cambió el hábito de los cartujos por el atavío de cocinero que le gustaba vestir cuando de agasajar a los amigos se trataba, y a orillas del mar, al amparo de una roca llamada la Foradada, preparó uno de esos arroces que eran -según famas verdaderas obras de arte. El

arroz fue acompañado de exquisitos y abundantes vinos. Y otra vez vinos y besos aumentaron sus gulas de hombre y poeta. Y he aquí que, cuando se creía ya salvado, volvía a despeñarse. Y su confesor tuvo que entender de nuevo en sus pecados y el médico en sus dolencias.

Con haber constituido aquel arroz de Anglada Camarasa la más grave de sus recaídas, no fue la única. Y tras una noche en que, después de luchar en vano con sus tentaciones, salió furtivamente de su encierro de la cartuja para ir a calmar su sed insaciable en la taberna del pueblo aledaño al monasterio, hizo sus maletas precipitadamente y partió, contra la voluntad de sus huéspedes que se esforzaban por retenerle.

Don Juan Sureda le acompañó hasta Palma, donde el poeta embarcaría para Barcelona. Y aquel hidalgo mallorquín contaba que, cuando llegaron a divisar la grandiosa catedral, Rubén Darío hizo detener la tartana que los conducía, se descubrió y le pidió que rezase un padrenuestro al que contestó devotamente el poeta. Luego se santiguó, y con un gesto de trágica resignación, Darío ordenó al tartanero que siguiera, con la conciencia de que iba ya cuesta abajo, a la deriva, entregado definitivamente a su adverso destino. Pero la contrapartida de su infortunio, como siempre, estaba en su gloria de poeta. En la cartuja de Valldemosa se había acercado a Dios, y Dios le dio la eternidad en los versos que allí compuso:

*Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.*